

—No, no son sus necesidades sino sus vicios los que quieren despojarte de lo que te ha asegurado... No debes consentir; resiste a todo trance; eso es tuyo, te pertenece, debes retenerlo a toda costa, porque tienes derecho a la vida. Al paso que va tu marido, pronto quedará en la miseria, y tú debes pensar ~~en~~ el porvenir.

—Y a mí, *¿*qué me importa el porvenir?—clamó ella, con acento de amargo despecho—Mi deber es seguirlo aun *que* sea *en* la miseria; aquí o en la montaña, bajo un árbol, siempre será mi marido.

—Tendrías razón, Engracia, en seguirlo, en soportar hambre, desnudez y miseria, si él hubiese sido un hombre formal, trabajador, sufrido; pero bien sabes que ha dilapidado en vicios buena parte de su herencia, y no es justo que en esa caída que le espera, y que él mismo se procura con sus hábitos de holganza, te dejes arrastrar estúpidamente, para perecer cuando puedes salvarte... En ~~grave~~ cargo de conciencia incurrirías si le facilitaras la manera de proseguir en sus vicios.

—Nada me importa el uso que haga de ese dinero—insistió ella.

—*¡*Nunca!, eso no debe ser!—exclamó Rafael María con firmeza—. Soy tu hermano. *¡*Yo me opongo!

Se había sentado al lado de Engracia, y ella

en

grave

le miraba suplicante; de pronto, fijando sus ojos, preñados de lágrimas, en los ojos de Rafael María, le preguntó en tono de dulce confidencia:

—¿Así me lo ordena?

—Sí.

—Está bien—repuso ella—no accederé.

—¿Que no accederás?—rugió la voz de Mauricio desde la puerta, donde había oído las últimas palabras del diálogo.

Engracia y Rafael María, sorprendidos, alzaron la vista; Mauricio ~~avanzó~~ airado, amenazador, paróse frente a ellos, y alargando la mano hacia el cuello de Engracia, sin importarle para nada la presencia de Rafael María, del cual parecía hacer caso omiso; repitió la pregunta, con voz ronca, soltando el tufo de alcohol que le era peculiar:

—¿Que no accederás?

Rafael María, indignado, saltó de su asiento, y agarrando el brazo de Mauricio, lo sacudió con tal fuerza que a poco más le hace caer de bruces, mientras exclamaba:

—No, eso jamás!; guárdese mucho de hacerlo.

Había tal decisión y entereza en la acción y en las palabras de Rafael María, que Mauricio quedó sorprendido, mirándole de hito en hito, admirado de que aquel cura fuese capaz de enfrentársele con tanta resolución; bajó la vista, y deshaciéndose de la mano de Rafael María, se alejó precipitadamente murmurando:

—Lo veremos!

Engracia quedó tristemente apenada.

—¡Qué barbaridad, exponerse a que le falte— exclamó luego, mirando a Rafael María intensamente, y sintiendo su amor propio halagado al verse defendido con tanto brío por su amigo, a quien no juzgaba capaz de esas manifestaciones.

—Qué se guarde mucho de maltratarte; díselo así de mi parte — replicó Rafael María, como si la excitación nerviosa mantuviera todavía sus sentidos alterados.

—Mira—agregó—. Si él te falta, si él te ofende, vete a casa de *ñor* Ignacio, y avísame en seguida; no quiero que quedes expuesta a las iras de ese *hombre*.

—No tenga cuidado, que no me comerá viva — repuso Engracia —; espero en que Dios me dará fuerza para llevar mi cruz hasta el fin.

Rafael María se despidió de Engracia, y pasó a casa de *ñor* Ignacio, con quien estuvo depariendo algunos momentos.

Era ya de noche cuando desmontaba frente a su casa, en San Roque. Tanasia le sirvió luego un pocillo de chocolate, que tomó a sorbitos, sentado en la mecedora, mirando la luna que ascendía derramando sus glorias sobre aquel pintoresco valle, que parecía recogerse plácidamente, después de las faenas del día, en aquella gran calma que, como una laxitud precursora del sueño, invadía a la naturaleza.

Rafael María meditaba, pensaba en la triste aridez de su vida, en aquel vacío de su alma, cada vez más lóbrego, en el desgraciado matrimonio a que había inducido a Engracia, con la más grande, más alta, más sublime de sus intenciones, realizando un enorme sacrificio, amputación dolorosísima de su corazón, por el bien de ella, por el suyo propio. Y ahora, rotas las hostilidades con Mauricio, ¿qué vida le esperaba a la desventurada, perseguida, asediada por las pretensiones de aquel palurdo sin sentimientos, encenagado en el más abominable de los vicios?

¡Quién lo hubiera creído!

Y lo que más le atormentaba era la imposibilidad de verla, de estar a su lado para defenderla de las asechanzas de aquel que se imaginaba su verdugo.

—Ellá me informará... Sí, me tendrá al tanto de su vida, y siempre podré acudir en su defensa.

Allá en lo íntimo de su sér, el egoísmo de su amor le sugería a veces la idea de un posible regreso de Engracia a la casa cural, y con los ojos entornados, en aquella modorra espiritual en que se encontraba, parecía sonreír ante esa visión tentadora.

—¡No, nunca, jamás! —exclamaba defendiéndose heroicamente de esa tentación. Y se estremeía con escalofríos de fiebre, al recordar aquel tiempo pasado allí, al lado de Engracia.

—Ella tiene razón—pensaba—en seguir con su cruz, yo con la mía; ese vínculo no puede romperlo más que la muerte... ¡Que cumpla con su deber, hasta lo último, el divorcio no es posible. Dios mío!

Dejó caer la cabeza entre las manos, y en esa actitud permaneció largo rato, sin pensar en nada, aun cuando en su cerebro voltejaban mil ideas que se confundían, se amalgamaban en infernal torbellino, para quedar luego reducidas a un montón de sombras que lo anonadaban y le sumían en letargos que luego recordaba con el horror con que se recuerdan esas pesadillas que escapan a toda percepción, pero que dejan un recuerdo vago, indefinido, de una profunda amargura.

XXXI

Los días que siguieron, fueron para Rafael María de constantes sufrimientos y de luchas tremendas. La imagen de Engracia no se borraba un momento de su memoria.

Trabajaba en el jardín, donde cada arriate, cada arbusto, cada flor, evocaba el recuerdo dulcísimo de aquella visión que llenaba su alma, y le hablaba en aquel lenguaje inefable que tienen las cosas idas, las cosas irremediabilmente muertas. Oía, a lo mejor, en sus amorosas alucinaciones, aquella risa argentina repercutir por todos los ámbitos de la casa, como un gorjeo, como vibraciones de una lira celestial, como puñado de pedrería que un hada maravillosa dejase caer sobre cálices de oro; notas henchidas de una sana alegría estallante, en floraciones de sonidos, *música luminosa* que acaricia y enciende el alma no se sabe en qué divinos anhelos hondos, apenas sospechados, adivinados en ansias infinitas, que parecen diluir todo el espíritu en la fugaz estela de un recuerdo.

¡ Y su voz, ah su voz!... Él la oía constan-

temente resonar a su lado; ¿qué secreta magia tenía aquella voz excelsa, incomparable, que hallaba siempre un eco dulcísimo en su corazón?

Oh supremas armonías del amor!

Podía exclamar con el poeta:

« ¡ Tú has dejado, como el hierro
que se deja en una herida,
en mi oído, la caricia
dolorosa de tu voz!

Yo he buscado el fondo oscuro
de la noche del olvido,
y la noche se poblaba
con los ecos de tu voz (1).

Quedábase largos ratos en abstracciones profundas, con la vista fija en un punto cualquiera, y de esos éxtasis de sus recuerdos volvía al mundo real, lanzando un suspiro hondo, como si el alma quisiera escaparse de aquella cárcel de dolor en busca de no sabía qué horizontes luminosos y fantásticos que adivinaba, como adivinamos el sol, más allá de las nieblas que encapotan el cielo en un día de tempestad.

Después buscaba en el trabajo manual del taller, que había ~~perseguido~~ ^{perseguido} siempre, ocupación a sus manos y a su espíritu, y trabajaba ruda-mente con el ansia del que busca un refugio a sus pesares; más tarde se entregaba a la lectura con el mismo tesón de siempre, y sentía a

(1) Ricardo Jaime Freire, Bolivia.



pro/

veces verdadera aflicción cuando se sorprendía con el libro en la mano, y la vista perdida en la vaguedad de las cosas.

Nunca había sufrido con más intensidad aquella triste sensación de monotonía, aquella vida que, a pesar de sus luchas y de sus sufrimientos, conceptuaba poco menos que estéril, y por la centésima vez se preguntaba: ~~¿~~Esto era todo?

Como **A**ntonio, el eremita alucinado, podría decirle la anciana:

« ¡ Tú debes sentirte fatigado por la monotonía de las mismas acciones, la duración de los días, la fealdad del mundo, la estupidez del sol! » (1).

Sí, las mismas acciones, la fealdad del mundo... Esa fealdad que no es otra cosa que la ausencia del amor que todo lo embellece, ya que también *la joven* murmuraba en su oído: « ¡ Eremita! Encontrarás diamantes entre los guijarros, fuentes en la arena, un deleite entre los azahares que desprecias; existen en la tierra lugares tan hermosos, que entran ganas de estrecharlos sobre el corazón! » y después: « ¡ Yo soy la adormecedora, el goce, la vida, la dicha inagotable! »

Las profundas perturbaciones de su espíritu provocaban en su sér las reacciones de su mis-

(1) G. Flaubert—“Las tentaciones de San Antonio”.

Flaubert

ticismo, reacciones que ya no perduraban como antes, que iban perdiendo aquel vigor que les comunicaba su fe, semejantes a esas drogas que a fuerza de uso llegan a perder sus facultades curativas, cuando al principio las juzgamos panacea infalibles para nuestras dolencias; y él, que se daba clara cuenta de este fenómeno, redoblaba su celo, y ocupaba todas las horas del día en las prácticas de su ministerio y en sus humildes trabajos, para acallar aquel grito de guerra, que se alzaba de su alma a todas horas, como un aullido. « ¡Engracia! »

Casi dos meses habían transcurrido desde el día de su última visita a la casa de Mauricio y en este lapso no había tenido más noticias de Engracia, que las pocas y desagradables, por cierto, que *ñor* Ignacio le comunicaba cuando solía venir a San Roque.

—¿Por qué no le escribía ella, contándole sus pesares, dándole cuenta de su vida? ¿Por qué, si ella sufría, no buscaba el viejo refugio de su cariño, ya que, según él, Engracia no tenía otro ser en el mundo que por ella se interesase, ni otro arrimo que fuese para ella escudo protector y amistoso consuelo?

Empezaba a sentir un amargo despecho por aquel inexplicable olvido en que Engracia parecía tenerle, y, preciso es confesarlo, ese desdén le hería de manera despiadada, porque se juzgaba pospuesto a otro hombre, a otros sentimientos.

Él había amado a aquella criatura, desde sus más tiernos años; había vivido amándola, y esa pasión era algo inherente, algo que formaba parte de su vida, de su sér, de su alma, como lo eran sus vísceras, sus entrañas.

Yedra nacida y florecida sobre su tronco, habían crecido unidos en ese sabio concierto de la naturaleza, que si agrega ramas al tronco, también multiplica los tallos de la yedra que las envolvía en el amoroso abrazo de sus hojas, bajo el sol que les daba vida. Y él, que animado, enardecido por la fe inquebrantable de su ministerio, había renunciado valerosamente a la posesión absoluta de aquella mujer, entregándola en matrimonio a otro hombre, se sentía cruelmente lastimado, con herida que sangraba, de aquel olvido, de aquella indiferencia de que era objeto por parte de Engracia.

Él, en una palabra, había renunciado a todo, poseído del santo optimismo de su fe, menos a una cosa: a la idea de no ser amado.

En medio de la enorme desventura de su sacrificio, tenía una gota de bálsamo para su herida, cuando allá, en lo más recóndito de su alma sentía el dulcísimo, el inefable calor de aquella correspondencia.

¡Era amado por ella! Eso le bastaba para satisfacer la sed de aquel amor, sublimado en su martirio, en cuya perpetua adoración vivía.

Y es que el amor, que suma en sí tantos

sentimientos encontrados, antitéticos, no es otra cosa, al fin, que una formidable floración de ese otro sentimiento, sima sin fondo en que desaparece, después de rodar en estrépito infernal, todo lo que constituye las más excelsas virtudes del sér humano: el egoísmo.

Núnca, jamás había abrigado tales temores, dudas dolorosas, inquietudes más desesperantes.

—Y bien — resumía, después de sus hondas cavilaciones —; acaso tengo derecho a su amor?

Pero, a medida que el tiempo pasaba, en su vida se operaban sensibles cambios.

Habíase vuelto un tanto taciturno, y amaba la soledad, como la aman las almas fuertes, que viven con honda fruición su vida íntima.

Por ese tiempo Rafael María experimentó un golpe terrible, que vino a agregar a los sufrimientos de su vida un pesar más.

El excelente ñor Ignacio, su padrino, había muerto, vencido al fin por su dolencia.

Cuando fué llamado por la familia para administrarle los sacramentos, ya era tarde. Le encontró muerto, tendido sobre el lecho, aún sudoroso, y la casa sumida en cruel desolación. Algunos vecinos habían acudido, sorprendidos por la dolorosa nueva, y hablaban contristados, y sacaban a relucir las virtudes de aquel excelente vecino, que había regado, durante su vida, la semilla de la más noble y desinteresada amistad, y en más de una ocasión había

puesto su bolsa y su crédito al servicio de quienes lo hubieron menester, salvando de la ruina a más de un honrado agricultor. Había sido allí una especie de patriarca, cuya amistad se estimaba, y cuyos consejos se solicitaban con verdadero interés.

Entre los campesinos que hicieron compañía al cadáver de *ñor* Ignacio, durante toda la noche, no se vió a Mauricio. Sólo Engracia hizo acto de presencia, y allí permaneció hasta muy cerca de media noche, en compañía de otras vecinas que prodigaban a la familia toda clase de consuelos. Su entrada en la sala fué recibida con guiños y miradas de inteligencia entre los vecinos que sabían que Mauricio y *ñor* Ignacio no estuvieron últimamente en buenos términos; pero, a pesar de todo, Engracia era muy querida, por su carácter afable y bondadoso y por ese instinto caritativo que lleva la simpatía hacia aquellos seres que juzgamos desgraciados, pues para nadie era un secreto la vida que Mauricio daba a su mujer. Hasta se decía que la había golpeado brutalmente, cierta vez, por cuestiones de intereses.

Rafael María pudo cruzar con ella ansiosamente algunas palabras. Estaba buena, sin novedad. Mauricio lo mismo; el pobre siempre apurado, pero, en fin, había que tener paciencia.

No pudieron conversar largamente esa noche, por más que Rafael María lo deseara, y hubo

que conformarse con las pocas frases que pudo dirigirle durante el tiempo que ella permaneció allí.

Se notaba en Engracia esa resignación, tediosa, que indica apocamiento de las facultades a que llega la mujer uncida al yugo matrimonial, que cree cumplir con sus deberes soportando estoicamente las groserías y desafueros de que es víctima por parte de su marido, que va adquiriendo paulatinamente, ante su conciencia, el carácter, las proporciones de amo y señor, a quien temen, y, lo que es más raro todavía, a quien suelen amar a veces con verdadera pasión.

Rafael María devoraba su amargura, y aquella noche fué para él aciaga.

Sentía que el enorme vacío de su alma se ensanchaba, se poblaba de visiones dolorosamente tétricas... Era aquello un abismo de amargura en que se ahogaba.

Después de la media noche, conversando con un vecino de Mauricio, supo que éste se hallaba poco menos que arruinado... Se decía que pronto serían rematados algunos bienes de la sucesión, para el pago de las hipotecas constituidas, vencidas hacía algún tiempo, hipotecas que se hallaban en manos de un usurero, disfrazado; como casi todos los de esta laya, de benefactor.

~~Todas estas noticias contristaban grandemen-~~

~~te a Rafael María, y le sumían en grandes reflexiones.~~

* * *

Rafael María se esmeró para que el funeral y enterramiento de *ñor* Ignacio resultaran dignos de los méritos de aquel hijo del pueblo, cuya vida se había deslizado apacible y tranquila, sin otro norte que la honradez más acrisolada, y sin otro fin que el trabajo activo y remunerador del que hizo siempre una religión. Rafael María había amado a su padrino como a su propio padre, y el dolor que experimentó con esta pérdida fué intenso.

Ah—pensaba—¡los buenos se van! El olvido y la desolación me rodean. . . ¿Podré seguir solo, sin un afecto, sin una dulce ilusión en el alma, por este desierto de mi vida?

Y una débil reacción de su alma que pretendía erguirse—le decía al oído:

—¡Todos los que sufren son tus hermanos! llena tu alma con ese amor.

—¡Sí, yo amo a los desvalidos, a los que lloran, mi alma está saturada de amor!... Pero no basta.

—Ayuna, ora, medita, castiga tu carne...

—He ayunado hasta enflaquecer; mi vida es una oración... La meditación, una plancha de plomo que aplasta mi cráneo... He lacerado mi cuerpo... Pero no basta!

—Huye de ella, aléjate, ^e evita la tentación.

—He huído de ella, la he entregado a *otro hombre*, sí, a otro hombre, y ¡no basta! Dios mío, porque *ella soy yo*, ella vive aquí... En el alma, llévate mi alma, y verás como allí reside *ella!*... ¡Y yo no puedo arrancarme el alma!

La reacción callaba, y él proseguía meditando hasta el completo aniquilamiento de sus facultades, que rodaban despeñadas, que flotaban en un caos de tinieblas donde ya no percibía ni el más leve resplandor de su espíritu.

Una mañana, después de rezar su misa, mientras tomaba el chocolate, empezó a meditar un plan que se proponía poner en ejecución. Pediría su traslado a otro curato, abandonaría aquella casa querida, donde había transcurrido su infancia, y se iría lejos, muy lejos, a algún lugar remoto a sembrar la semilla de su doctrina, a vivir la vida de un anacoreta, a morir olvidado en cualquier rincón, como una bestiezuca, con las entrañas rotas, que oculta su agonía en el fondo del bosque.

Lo seducía la idea de ese martirio que el mundo ignoraría.

En medio de sus reflexiones, se alzaba de pronto rígido y severo, como fantasma acusador, un razonamiento, cuya lógica él sentía gravitar sobre su conciencia con peso aplastante.

—¿No es esto rehuir cobardemente la lucha?— He de ir a esconder en una cueva la debilidad de mi alma? Tengo derecho para abandonar a *esa*

mujer, en su desgracia, ya que no tiene quien se interese por ella?

Mil veces se hacía este interrogatorio, con ánimo de sorprenderse, temeroso de sufrir la sustracción de su propio egoísmo, y cuando más hondamente pensaba, sentía que todas sus ideas huían azoradas, espantadas, dejándole el cerebro vacío, lleno de perplejidades y de sombras.

El tiempo transcurrió, y nunca terminaba de analizar ese problema, de enorme transcendencia, para la satisfacción de su vida.

Un suceso vino a distraer un tanto su atención. El testamento de *ñor* Ignacio había sido abierto, y su excelente padrino le heredaba con una valiosa propiedad, de la cual siempre se había manifestado orgulloso.

Era la tal, un potrerito de más de dos hectáreas, situado en las propias lindes del pueblo, que había provocado siempre la ambición de casi todos los ricachones del lugar. *Ñor* Ignacio nunca quiso venderlo, aun cuando se le ofreció pagar a precio excepcionalmente alto.

— ¡Ah el potrerito de *ñor* Ignacio! — exclamaban las gentes del lugar.

Rafael María, desde el fondo de su alma agradeció a *ñor* Ignacio aquel recuerdo, que vino a remover el acerbo dolor que había experimentado con la eterna desaparición de su excelente padrino, y no dejó de sentir algunos escrúpulos cuando se vió dueño de aquella propiedad tan codi-

ciada por los nombres más sonados de la villa y caseríos vecinos. El, como el Padre Juan, cuya vida de virtudes procuraba imitar, pensaba en que era cosa superflua poseer en el arcón una segunda camisa; jamás había sentido ni siquiera en grado mínimo, la fiebre desatentada del oro que reseca generalmente el corazón de ciertos seres — de lastimosa deformidad ~~mental~~ — transformándolos en verdaderos vampiros, que no pueden vivir sino de la sangre de sus semejantes. Nuevos Midas, que han logrado hacerse un corazón de aquel metal, que los pone a cubierto, para el logro de sus ansias, de todo sentimiento noble y generoso. Bien hizo Apolo en condenar al rey frigio, a llevar orejas de asno!

moral

Rafael María, que no sabía qué hacer de aquella propiedad, dejó que allí pastaran algunas vacas de gentes pobres, sin preocuparse de tener rendimiento alguno de su hermoso prado.

A medida que el tiempo transcurría, la idea de pedir su retiro del curato, perdía terreno. Un sentimiento de confianza en sí mismo, de orgullo, le hacía desistir, y no era sino cuando experimentaba ciertas crisis, que volvía a aferrarse a ella, como única salvación.

Por muchos días no tuvo noticia alguna de Engracia, y este silencio de ella volvía a provocar en su alma aquel amargo sentimiento de despecho que ya había probado. Cierta vez supo que Mauricio había vendido algunas carretas y

semovientes, y que se había ausentado del lugar casi dos semanas, sin que nadie supiese el motivo de aquella ausencia, y menos el objeto de la venta.

La conducta de Engracia era inexplicable para Rafael María. ¿Por qué, si ella sufría, no le llamaba, no le consultaba, no buscaba su arrimo en la vida azarosa que soportaba?

Muchas noches cavilaba sobre este tópico que le taladraba el cerebro, y muchas también pensaba en que sería conveniente apersonarse en la casa de Engracia, y hacerse cargo de su situación; pero luego desistía al recordar la actitud hostil de Mauricio, la última vez que estuvo allá, y pensaba que su visita lejos de llevar algún bien, algún consuelo a Engracia, resultaría tal vez contraproducente.

Admiraba la fortaleza de alma de *aquella mujer* que seguía con su cruz hasta el fin, sola, sin quejas ni reproches, abandonada a su propia suerte, con esa pasividad del sér que ha perdido la conciencia de su posición en la vida, y rueda resignado a los rudos empujones de la fatalidad.

Ah—pensaba Rafael María, cruelmente dolorido—Es más fuerte que yo!

XXXII

Y en esas congojas, y en esas amarguras pasó dos meses más, que fueron una eternidad de incertidumbre.

La idea de pedir su traslado tomó de nuevo vigor, pero ya no como un sacrificio santamente doloroso, no como una inspiración de su credo y de su fe, que sublimara aquella decisión, sino como una especie de represalia hacia Engracia, a la cual pensaba mortificar, haciéndole sentir a su vez, algo parecido a lo que él sentía Opondría desdén a desdén; olvido contra olvido, probando, en la piedra de toque de la ausencia, los quilates de sus corazones. ¹Veremos cuál es más fuerte!

Después de recapacitar, asaltándole los escrúpulos, de nuevo volvía a preguntarse si le sería lícito abandonar a Engracia en tales circunstancias. Si su vida era un martirio; si él había sido el artífice de aquella obra; si había aceptado de antemano aquel sacrificio ¿a qué, pues, volverle la espalda en vergonzosa deserción?

— No—se decía resueltamente—; adelante, siga-

mos el calvario; permaneceré aquí, y que Dios me ayude a cumplir con mi deber.

En esos días supo, por un mozo vecino de Mauricio, que éste se había ausentado del lugar hacía más de un mes, y que se sabía que estaba preso en la capital. No se tenía otros detalles.

Mil conjeturas hacía Rafael María acerca de tales nuevas, que vinieron a conturbar aún más su atribulado corazón.

¿Qué hacer?

—Engracia seguía encerrada en su mutismo. Ni un llamamiento, ni siquiera una queja; vivía en su retiro abandonada, olvidada de Dios y de los hombres. Esperaría allá a ser echada a la calle, por los acreedores impacientes, y mendigar después un techo y un pan, sin acordarse de su *hermano* para nada, como si no existiera él en el mundo, como si en medio de su desamparo y de su infortunio, conservara todo el orgullo, toda la altivez necesaria para pensar en bastarse a sí propia, en un gesto de suprema rebeldía.

La primera impresión de Rafael María, impresión que halagó sus sentidos con los vagos destellos de una esperanza, fué de ponerse en camino, ver a Engracia, y ayudarle en su tribulación. . . Mas, luego, dándose clara cuenta de aquellos sentimientos, su reacción se irguió muda y severa para musitarle al oído:—No, no vas para cumplir una obra de misericordia. . .

vas a verla, a oirla, a bañar tu alma en la lumbre de sus ojos, a regalar tu oído con la música de su voz . . . Ella no necesita de ti, quieres aprovechar este pretexto . . . ¡Pecador, hipócrita!—¡Dios mío!!—exclamaba, sumido en la mayor aflicción.

Y luego, con una fortaleza que a él mismo sorprendía, volvía a exclamar :

¡No, no iré!

Plácidamente caía la tarde después de un día calmoso, en que las cigarras cantaron al sol su himno estridente, monótono, desesperante hasta la angustia.

Algunos campesinos discurrían por la carretera, de regreso a sus hogares, después de la jornada librada sobre el surco que había fecundado con el sudor de su frente, y saludaban al señor cura, que miraba, desde la puerta de su casa, el paisaje que se extendía ante su vista, sumido, ~~sumido~~ en las extrañas soñaciones que le sugería aquel melancólico crepúsculo. Su vista salvaba la distancia, y su imaginación, hurgada por un deseo, al principio tímido y vago, se inflamaba por grados, hasta la impaciencia, al tener la visión de aquel hogar lejano donde ella vivía su vida de martirio, abandonada por su vicioso marido. Aquella casita sombreada por altos árboles, con sus pequeños jardinillos y sus prados . . .

Aquella portezuela, pintada de verde, que daba

acceso al pequeño patio, el corredor con sus bancos... todo constituía para el pobre soñador una obsesión desesperante.

Maquinalmente consultó su modesto reloj de níquel.

¡Las seis! muy tarde... ¡Mañana!...

Volvió a la sala. El chico mandadero arreglaba la lámpara de petróleo, allá en un rincón que se iluminó de pronto con la luz mortecina, haciendo brillar tímidamente el barniz de los muebles, la superficies de las mesas...

Salió al corredor; silencio profundo; la vieja Tenasia, como toda buena madrugadora, se recogió a la hora de las gallinas, y probablemente desgranaba las cuentas de su inseparable rosario.

Ante aquella soledad fría, implacable, la de todos los días, la de siempre, Rafael María tuvo una sensación de profunda tristeza; sin darse cuenta de sus deseos, obrando automáticamente, tomó el sombrero, se dirigió a la puerta.

¿Adonde iba? No lo sabía; a cualquier parte, a vagar por las callejuelas del lugar, bajo la luz de la luna, a respirar el aire oxigenado del campo, en lugar de aquel aire de tumba que le rodeaba.

Salió; dió una vuelta a la placita y luego siguió, sin advertirlo, la calle del cementerio; andaba como un sonámbulo, sin pensar en nada; no podía digerir aquella tempestad de

ideas que le azotaba el cerebro con latigazos de fuego, a cuya intermitente luz no veía otra cosa que la imagen de una mujer que le sonreía tristemente, dulcemente.

Caminaba, caminaba.

De pronto a su izquierda apareció el cementerio, cuyos modestos túmulos y cruces blanqueaban a trechos, en figuras caprichosas, aquel campo cuyos contornos empezaba a distinguir.

—Si entrara?—pensó.

La puerta, hecha de renglones de madera, pintados de negro, estaba atrancada, pero entre una de las agujas que soportaba el sotechado, y el muro de piedras que cerraba el frente, había algún espacio.

Rafael María probó y pudo pasar. Ya adentro, se encaminó a la tumba del Padre Juan, al rededor de la cual crecían rosas y azucenas que embalsamaban el ambiente; se arrodilló y oró largo rato, con la vista fija en aquella tumba que guardaba los despojos de aquel discípulo de Cristo, que había cruzado el pantano de la vida sin manchar el armiño de sus alas. Después de haber elevado su plegaria, se levantó tranquilo, llena su alma de una dulce serenidad, confortado su espíritu en aquella comunión espiritual con la inmortalidad. Dejó la tumba del Padre Juan, y se dirigió en seguida a la de su padrino, *ñor* Ignacio, en la cual

empezaban a brotar las rosas con que la piedad y la gratitud la ornaran.

Allí también elevó su plegaria por el descanso eterno de aquella alma noble y generosa, que había sabido regar, a su paso por el mundo, la semilla del bien.

La luna brillaba en todo su esplendor y Rafael María contemplaba la extensión del modesto cementerio, poseído de una suave melancolía que halagaba su alma con el misterioso encanto de aquella dulce soledad. Miraba hacia arriba, al éter infinito, y sentía el vértigo de su pequeñez ante la callada majestad del cielo, que resplandecía con sus mil constelaciones, y la nostalgia del espíritu le hacía sufrir vagas añoranzas, místicos deseos de fundir su espíritu en aquella inmensidad silente y luminosa, como esas nubecillas que el sol abriga breves momentos, y que luego se esfuman, se deshacen como absorbidas por la luz. .

Dejó el cementerio, con tristeza, paso a paso, como si le costara trabajo alejarse de ese lugar, prometiéndose en lo sucesivo proporcionarse aquel triste placer, en que su alma, pensadora y poética, encontraba tan hondas, tan intensas y delicadas sensaciones.

Cuando llegaba a la placita, el reloj de la Iglesia daba la media para las nueve.

Llamó su atención el marco luminoso de la puerta de su casa, y recordó que no había ce-

rrado la puerta, lo que no le preocupó lo más mínimo, pues en la villa de San Roque hacía muchos años que no se tenía noticias del robo más insignificante. Era la cosecha del *buen pastor*, que así había ejemplarizado su rebaño, con una larga vida de virtudes.

Entró a la sala distraído, y al dirigir la vista hacia el fondo de la habitación, quedóse perplejo, absorto, como deslumbrado. Confuso, con los ojos fijos en un punto, avanzó lentamente...

¡Oh dulce ilusión de mis sentidos!, si no eres un fantasma que mis delirios crean en sus ansias locas, no te desvanezcas... ¡Que pueda verte, para que mis ojos recojan un rayo de luz!... Que pueda percibir tu voz, para que mis oídos escuchen la música inefable que vive en ti!... ¡Bendita seas!

Esa invocación, esa salutación apenas sentida, estuvo a punto de salir de los labios de Rafael María, al advertir a Engracia, allí, sentada, cerca de la mesa donde ardía la lámpara, que le miraba sonriente, admirada de la sorpresa que había causado a su amigo.

—¡Engracia!—dijo, por fin, saludándola.

—¿No me esperabas, verdad?

—No. ¿Cómo iba a esperar a aquella que parece olvidarse de que yo existo?—contestó Rafael María en sentido reproche.

—Sí, ciertamente... pero, ¿qué quiere usted? No creo tener derecho para atormentar a nadie

con mis desgracias... Esa es mi cruz—gimió dolorosamente, en un gesto de resignación.

—Cómo; es que te figuras que soy un extraño para ti, y que tus penas no me afligen; que no me interesa tu vida, en la cual me alcanza, honradamente lo confieso, no poca responsabilidad?

32
—¿Porqué? Yo seguí el camino que usted me indicó como el mejor... Yo disponía de mi albedrío, a nadie me quejo: además nadie puede adivinar el porvenir... La vida es así.

Dijo todo esto en tono de resignada tristeza, bajando los ojos, como tratando de evitar la mirada de Rafael María, que sentía clavada en los suyos. Hubo una pausa.

Se habían sentado cerca de la mesa en dos mecedoras; la luz de la lámpara daba de lleno en sus rostros. Engracia permanecía con cierto aire de reserva, de encogimiento, como si estuviese de visita en una casa extraña o poco conocida.

—Por lo menos—dijo Rafael María interrumpiendo aquel silencio—, de lo que debes estar segura es de la buena intención que me guiaba. Nunca pude suponer que un muchacho como Mauricio, que parecía dotado de excelentes condiciones para ser un buen marido, hijo de padres cristianos, obediente y sumiso, se despeñara de tal manera en cuanto se vió libre de la tutela de su padre y dueño de algunos recursos.

—Vine esta tarde—interrumpió Engracia, yendo al asunto principal, y como tratando de evitar ciertas recriminaciones—, aprovechando la compañía de un matrimonio vecino, para hacerle a usted una consulta. Hace mucho rato que le espero.

—Cuánto siento haberme demorado—replicó Rafael María—, y haberte hecho esperar tanto tiempo...

—¿No sabe usted? Mauricio...

—Sí, algo me han dicho.

—Está preso en la capital; parece que fué sorprendido en una casa de juego... Le siguen causa. El abogado que le anda todas sus cosas me escribió; dice que es probable que Mauricio tenga que pagar una multa... Yo no se qué hacer. Deseo salvarlo, que venga pronto... sin él parece que aquello está vacío, triste, me hace mucha falta...

—¿Mucha falta? ¿Lo quieres mucho?

—Sí, lo quiero... A pesar de todo—contestó Engracia bajando la vista en actitud triste.

Ante aquella ingenua confesión, Rafael María dobló la cabeza, como si hubiera sentido un golpe de maza que le dejara aturdido. Vió abrirse súbitamente en su alma un abismo tenebroso cuyos espantos no conocía, y en el cual rodaban despeñadas sus esperanzas, sus ilusiones. Se sintió ceñido, como Laoconte, por serpientes que le ahogaban, que desgarraban sus

carnes y la emponzoñaban. Al oír aquellas frases crueles, lacerantes, se dió cuenta de la horrible realidad de su vida, de aquella soledad en que súbitamente quedaba sumido, como en un antro pavoroso en que se disolvía su vida en tinieblas de una infinita desesperación. ¡Ella amaba a Mauricio!

Arrebatado por la violencia con que aquel desengaño le hería, en el ansia de defender el hondo sentimiento que era el sol de su vida, olvidándolo todo, todo, clamó dolorosamente, tomando las manos de Engracia en un transporte amoroso de profunda amargura, de ruego angustioso.

— ¡Le amas, le amas!; y yo, Engracia? ¡por piedad!

Quedóse mirando largamente, como si quisiera comunicarle, en aquella intensa mirada de amor, todo el fuego que le devoraba.

Ella se deshizo de las manos de Rafael María con un movimiento tranquilo, natural, y bajó la cabeza, pálida de emoción.

— ¡Ah, usted! — dijo por fin, respirando trabajosamente, en tono afectuoso y sonriendo enigmáticamente— ¡Es verdad! Pero eso no es otra cosa que una fantasía de su espíritu, vagos recuerdos...

— ¡Por Dios! No prosigas, Engracia, que esa crueldad me desgarrar el alma... ¡Cómo es posible que ignore que soy el mismo de siempre;

que este amor, que he sublimado hasta el sacrificio, es mi vida; que no aliento ni vivo más que para ese sentimiento tan hondamente espiritualizado, que es mi misma alma; que no puedo pensar en Dios ni en los santos del cielo sin que tu imagen y tu nombre surjan en mi memoria como una visión celestial que resume todos mis pensamientos y todas mis aspiraciones!...

Rafael María se contuvo. Por la puerta de calle, y proyectadas por la luz de la luna, dos sombras se alargaban sobre el pavimento de la sala a tiempo que una voz saludaba con dejo quejumbroso:

— ¡Ave María!

— ¡Adelante! — exclamó Rafael María levantándose, y luchando por vencer la emoción que aún le embargaba y que ponía en su voz un temblor nervioso y anhelante.

Era el matrimonio, que pasaba a recoger a Engracia para regresar al lugar.

Los visitantes se sentaron tranquilamente, con algunos paquetes sobre las rodillas, ignorantes del drama que habían interrumpido con su intempestiva llegada.

Engracia parecía tranquila, con esa tranquilidad indiferente de quien no se da cuenta exacta del daño horrible que acaba de causar con una frase, dicha tal vez sin aquella intención que le da el temple de una hoja de acero que nos rasga las entrañas.

Rafael María hacía esfuerzos supremos por aparecer tranquilo, indiferente, ante aquellas dos personas, apenas conocidas, cuya llegada lamentaba amargamente.

Se reprochaba pensando en que su paseo nocturno le hubiese privado de la compañía de Engracia por más de una hora. Ah!— pensaba él desesperado — ¡si yo hubiese adivinado!

Hablaron del asunto que había traído a Engracia. Rafael María le ofreció interesarse por Mauricio... Esperaría que la sumaria se terminara, para ver de facilitarle la suma necesaria para el pago de la multa; todo se arreglaría.

Mientras Rafael María hablaba, él se oía, admirado de poder coordinar sus ideas, cuando todas sus facultades se hallaban empeñadas en otras dolorosas disquisiciones. Miraba a Engracia mientras le decía palabras de consuelo, y pensaba si estaría soñando, preso de horrible pesadilla; si aquella mujer era realmente Engracia, la que le había amado desde niño, la que siguió amándole después, la que había consentido en casarse, con otro hombre sólo por complacerle a él, que se sentía desfallecer, morir a su lado de un amor que no podría tener otra satisfacción que la espiritual; y él que se había forjado la ilusión de acallar las ansias del alma, de vivir feliz con ese culto que había

sublimado con el martirio más cruel y doloroso, ahora que la veía transfigurada, subyugadora, desorbitada de su cielo, a enorme distancia de su amor, por no sabía qué cataclismo perturbador que se la arrebatara, ansiaba, en reacción desesperante, mordido por el desdén, reconquistar aquella deidad, reinar de nuevo en aquel corazón donde siempre había reinado.

Ay, que el amor, en toda la excelsitud del espiritualismo más elevado, no logra despojarse del atributo que constituye su única y verdadera esencia, el egoísmo, y los celos no son otra cosa que el egoísmo en ignición.

Cuando Engracia y sus acompañantes se levantaron para despedirse, no pudieron menos de advertir la palidez de Rafael María; su semblante reflejaba la lucha que se libraba en su alma.

Engracia le tendió la mano.

—Adiós—le dijo—¡Hasta otro día!

Rafael María estrechó aquella mano suave, carnosa y tibia, en la cual advirtió, como una pulsación nerviosa que crispó sus dedos, en contracción apenas sensible.

La vió alejarse, salir erguida, triunfadora, mientras la devoraba con los ojos, y la apretaba mentalmente contra su corazón, en abrazo estrechísimo como si deseara incrustarla en su pecho que sentía sangrar.

—¡Qué linda luna!—observó ya afuera Engracia, paseando la vista por el cielo.

Rafael María alzó los ojos a la bóveda estrellada y tuvo la sensación de una noche lívida, fúnebre. . . Parecen los ~~misterios~~ *Cineis* de un funeral!— pensó.

Su cerebro estallaba, y sentía en su alma ciertas diabólicas rebeldías agitarse, erguirse como un nido de serpientes súbitamente enfurecidas.

XXXIII

Alma combatida por una diversidad de sentimientos a cual más violentos y arrebatadores, la de Rafael María pasaba por crisis agudas de la más caprichosa yuxtaposición, y sus constantes soliloquios eran una balanza que tan pronto caían a un lado como al otro.

En los ratos de calma y reflexión, cuando los escrúpulos le mordían la conciencia con feroces dentelladas, se alzaba valientemente toda su fe, todo su ardiente misticismo, la conciencia de su ministerio santo y elevado, y pensaba en que Satanás le ganaba día por día, en que rodaba despeñado a un abismo de concupiscencias del que ya no podría salvarse.

Entonces redoblaba su fe, volvía a los ayunos, y su mente calenturienta, caldeada por aquella fiebre, le causaba extrañas alucinaciones que le dejaban rendido, extenuado, sin ánimos, vacilante, en una desorientación completa de sus facultades.

—Y bien — pensaba —, es natural que le ame. ¿No es su marido? No lo manda así la

Santa Iglesia? ¿Qué derecho tengo yo, qué razón puedo invocar en mi favor?

En esa situación, en esas luchas transcurrieron los días, las semanas. Su idiosincrasia sufrió modificaciones fundamentales; sentíase malhumorado, a veces irascible, apático. Muchos días, en el taller del trabajo no hablaba con el zapatero, como antes, con aquella bondad y calma que fueron siempre atributos de su carácter, y cuando él lo advertía, hacía los más firmes propósitos de enmienda, afligido, angustiado por aquellas crisis que de tal manera lo alteraban y trastornaban.

Había cumplido su palabra a Engracia, y obtenido algunas atenuantes en la sentencia recaída en la sumaria que se había seguido a Mauricio. Éste pudo quedar al fin en libertad, mediante el pago de una fuerte multa, cuya mayor cantidad hubo de remitir Rafael María al abogado que tomara la defensa a su cargo.

Después de este suceso, la vida de Mauricio fué, poco más o menos la misma de siempre, y de nuevo tuvo ausencias sospechosas, que a veces se prolongaban más que las otras veces. Engracia callaba, y sufría resignada aquella vida de penas y quebrantos, tratando de ocultar a todo el mundo, a sus vecinos principalmente, la verdad de las cosas, lo que no obstaba para que Rafael María estuviese al tanto de lo que ocurría.

Cuando Mauricio se ausentaba del lugar, asaltaban a Rafael María de nuevo aquellas ansias de verla, de hablarla, de pasar a su lado algunos momentos felices, para regresar luego con algunas gotas de bálsamo en su herida, con alguna luz en las tinieblas de su alma. ¡Verla, verla algunos momentos! y luego pensaba: —¿Para qué? Ya no me ama!

~~Y quedábase abstraído, y reconstruía la escena aquella, ocurrida allí, en su casa, cuando fué interrumpido, en los momentos más patéticos, por los visitantes que llegaron en busca de Engracia. Todavía oía su voz de amarga súplica: «y yo, Engracia? ¡por piedad!»~~

~~Y de nuevo ansiaba verla para terminar aquella escena, despejar aquella incógnita, aquella incertidumbre que le ahogaba, y de nuevo también la voz de la lógica le repetía: «Para qué?»~~

—¿Sí, para qué?; el olvido, Señor, y que se muera mi alma de tristeza.

Ahora sí que sentía la imperiosa necesidad de ausentarse, de huír con su dolor lejos de allí, donde nadie le conociera, para arrastrar su vida en una relativa tranquilidad, sirviendo los altos deberes de su ministerio con toda la amplitud a que aspiraba, y viviendo de sus recuerdos, de sus queridos recuerdos, que era lo único salvado en aquel horrible naufragio de su pasión. Tanto acarició esa idea que llegó a ser obsesionante. No pensaba en otra cosa. Abri-

gaba la seguridad de que este último supremo recurso sería su salvación.

Y resuelto en una de esas heroicas determinaciones de espíritu, escribió una larga exposición al Prelado que había de considerarla; mas, cuando al siguiente día releyó el documento, hallólo extenso, difuso, mal fundado, y lo que más le admiró fué su imprevisión. Al través de aquellas líneas podía verse, sin mayor esfuerzo, el llanto de un alma desolada, que se retorció en los dolores de una angustia desesperante. No había podido sustraerse al estado de su espíritu, y su mano había vaciado sobre el papel toda la amargura de su corazón.

Rehizo el escrito suprimiendo ciertos párrafos, y lo guardó en su mesa de trabajo.

Algunos días después, lo reconsideró, y de nuevo le pareció poco lógico, inconveniente.

—Dios mío—exclamaba dolorido—; ¿es que no podré hacerlo nunca?

Después de mucho cavilar, se resolvió hacer una exposición sencillísima, ocho o diez líneas.

Bien! ahora sí; estaba satisfecho; lo enviaría después. Y la solicitud quedó en la gaveta, lista para ser enviada al correo en la primera oportunidad. ¡No había tanta urgencia! Una semana después, un suceso que juzgó de resultados definitivos, por lo trascendental, vino a contristarle profundamente, porque significaba una nueva etapa de su vida, un nuevo hori-

zonte nunca visto, que acababa de iluminarse en reflejos sangrientos; era algo siniestro que venía a echar por tierra, con toda la brutalidad de los hechos consumados, las altas aspiraciones de su espíritu, que hacia el nuevo sacrificio estaba resuelto a imponerse.

Un mozo, vecino del lugar, había venido a escape, a comunicarle un trágico suceso acaecido allá, en la casa de Mauricio, ese mismo día, por la mañana. Engracia había sido herida por su propio marido, en estado de ebriedad, después de una disputa acalorada. Ella venía en una carreta para alojarse en una de sus casas, colindante con la casa cural, a la sazón deshabitada. Mauricio había huído del lugar, en su potró, a fin de sustraerse a la acción de la justicia.

Algunos vecinos, indignados, quisieron detenerlo, pero les había agredido con su machete y había escapado. ¡Era un hombre terrible!

Rafael María quedó espantado, cruelmente impresionado al oír el relato del mozo, por la suerte de Engracia, hacia la cual experimentó un hondo sentimiento de compasión y de piadosa ternura.

— ¡Ah, infame Mauricio! — exclamaba en el colmo de su indignación —. ¡Derramar la sangre de esa mujer!

En breve tiempo la casa de Engracia fué preparada con lo indispensable para recibirla, y avisado el médico del pueblo.

Engracia llegó, reclinada en un jergón, dentro de una carreta provista de arcos y cubierta convenientemente.

Venía pálida, desencajada, los ojos enrojecidos por el llanto, en una actitud doliente y resignada.

Tenía la cabeza y el brazo derecho vendados, y al través de los vendajes aún se advertía algunas manchas de sangre.

A su vista Rafael María se conmovió, y las lágrimas empañaron sus ojos.

— Ah, qué triste situación, Engracia! — exclamó, tomándola del brazo con suma delicadeza, para conducirla al interior de la casa.

Ella guardaba silencio. Agradecida a Rafael María por sus atenciones, le había sonreído tristemente, y con andar penoso entró y se recostó en el lecho ya acondicionado con lo mejor de las escasas reservas con que contaba la casa cural.

La vieja Tanasia, hecha un mar de lágrimas, lamentaba aquel desgraciado accidente, entretanto y con diligencia acomodaba a Engracia lo mejor que podía; en el colmo de su indignación, apostrofaba al autor de aquella desgracia con toda la ira de que estaba poseída.

— Yo lo temía — exclamaba — ese tal nunca me gustó... Si aquella cara socarrona decía lo que era. Yo no sé que fué esa precisa en casarte... Mejor estuvieras aquí con nosotros

tranquilita como antes. . . ¡ Jesús, María y José!
pero que entrañas de hombre!

Engracia le sonreía con tristeza, y parecía respirar trabajosamente.

— ¡ El pobre! . . . — exclamó después Engracia, con tristeza— ¡ El pobre no tiene la culpa!

Rafael María la miraba cariñosamente, admirado de aquella resignación, en que hallaba todavía palabras para disculpar a su verdugo, y lleno de dolor y de remordimientos, sentía que una voz interior le decía: « ¡ Y tú, tú eres el autor de todo esto! »

Llegó el médico e hizo el reconocimiento de las heridas.

Indudablemente el golpe fué dirigido a la cabeza, mas, Engracia debió haber alzado el brazo derecho, para detener el golpe. La herida era profunda, y el hueso se veía blanquear, apenas tocado por el filo del arma.

No obstante, la punta del cuchillo le había alcanzado la cabeza y produciéndole una herida en la región frontal superior, que le había dividido el cuero cabelludo. También tenía otra herida en la mano, que le había interesado los dedos pulgar e índice.

Aunque la hemorragia había sido abundante, no se temían complicaciones; mucho reposo, mucha asepsia, y buena alimentación.

Hechas las primeras curas, Engracia pareció aletargarse un poco, y Tanasia y el chico man-

dadero de la casa cural se turnaban continuamente a fin de cuidar a Engracia.

La atención que tuvo la enferma fué extremada, y poco a poco se le fué rodeando de lo más necesario. De su casa, a la cual no pensaba volver, se hizo traer algunos de sus muebles, y pronto se halló instalada en su nueva residencia con alguna comodidad.

A partir de esos días, Rafael María parecía más tranquilo, si bien el sufrimiento que le causara aquel sangriento suceso no daba tregua a su alma profundamente conturbada.

incognoscible

Preocupábase de la suerte de Engracia y meditaba en la nueva situación en que le colocaba la fatalidad, esa fuerza ciega de lo incierto, de lo imprevisto, brutalmente triunfadora en el formidable poder de lo ~~inconoscible~~, laborante incansable en sus misteriosas determinaciones. Y aquella poca tranquilidad, de que ahora disfrutaba con alguna placidez, no reconocía otra causa que la presencia de Engracia allí, a pocos pasos de su casa. Ahora podía verla, hablarle todos los días, volver al idilio espiritual en que había vivido tanto tiempo, y que él mismo había roto con mano temeraria, lleno de escrúpulos, ~~de~~ la fidelidad de sus sentimientos místicos hacia su alto ministerio. Y ella volvía a su lado, empujada por la misteriosa determinación del destino, sola, casi desvalida, abandonada por el hombre a quien la había entregado

por

ante el altar pura y sin mancilla, para que la hiciera dichosa. Volvía herida, llagada en el alma y en el cuerpo por aquel que debería ser su sostén y su escudo, y él se sentía obligado a prodigar a aquella mujer todos los cuidados de su amistad, y todos los consuelos de su fe religiosa, y lo que es más, ~~alabar~~ en el sentido de atraer al redil a la oveja descarriada, al marido culpable, porque aquella unión—según su credo—no podía ser rota más que ~~con~~ la muerte de uno de los cónyuges.

Ah, si Mauricio, ~~arrepentido~~ de sus extravíos, volviese al lado de Engracia, a reedificar, con una vida de trabajo y de honradez, aquel hogar abatido, deshecho, por la impetuosa corriente de sus vicios, él se sentía capaz de perdonarle, de ayudarle, de dirigirlo hacia orientaciones más nobles y más altas.

Rafael María, en sus ratos de lucidez espiritual y altruísta, cuando las reacciones de su espíritu le levantaban de sus frecuentes posturas y desfallecimientos, olvidaba sus congojas, sus heridas, para pensar solamente en la felicidad de Engracia, como si se hiciera cargo, en su altísimo sentimiento de justicia, de la necesidad de esa reparación, ya que él se consideraba autor de aquella desgracia que él mismo había labrado con sus propias manos.

Dos o tres veces al día entraba a la salita donde Engracia descansaba, allí departía ami-

colaborar

por

arrepentido

gablemente con ella, luchando valientemente consigo mismo, para ocultar las llagas de su corazón. Le llevaba libros, y cuando Engracia no podía leer, él hacía de lector, con voz firme y clara, y su júbilo era grande cuando en el semblante de su amiga se reflejaba la emoción que él sabía poner en ciertos pasaje culminantes.

Algunas veces, Engracia arrullada por la cadencia de su voz se dormía sonriente, y entonces él se levantaba de puntillas, apagaba la lámpara, y salía de la habitación recomendando al chico cuidase, de la mejor manera, el sueño de la enferma, y estuviese atento a lo que se le ofreciera.

Las heridas cicatrizaban en aquella carne joven, llena de vida; las mejillas de Engracia se sonrosaban cada día, y sus ojos habían perdido aquellos reflejos de melancolía que tanto tiempo los velaran, y recobrado la brillantez apacible de su mirar, que era en ella uno de los rasgos principales de su belleza.

Rafael María lo notaba con íntima satisfacción, cuando algunas mañanas, de regreso de la Iglesia, paseaban juntos por el jardín, algo descuidado a la sazón.

Engracia veía con placer aquellos sitios donde se había deslizado su infancia feliz, y mil recuerdos volvían a aletear en su memoria. Con esa íntima delicia del que vuelve a ver si-

tios y parajes que creyó perdidos para siempre.

Allí estaba el arriate de los primeros claveles que ella misma plantó y cuidó... Allí el cenador, florecido, donde las campánulas ponían la nota de azul intenso sobre el verde del follaje alternando con menudas florecillas de un rojo de coral.

La brisa susurraba entre las hojas, y el ambiente tibio y perfumado les envolvía como si fuese una emanación del recuerdo de mejores días, que se escapaba de sus almas como de un rico pebetero.

Después de esos paseos matinales en que Rafael María acompañaba a Engracia con la solitud con que se acompaña a un inválido que va a tomar un poco de sol, ya despojado de la sotana, y vistiendo una americana de alpaca gris, costumbre que había adquirido desde hacía mucho tiempo. Rafael María se iba al taller de zapatería, y se dedicaba al trabajo, no con la fiebre de otros días, sino tranquilamente, satisfecho, como quien desempeña una obligación sencillamente impuesta por la costumbre, que a veces interrumpía para dar una pequeña vuelta por ahí dentro.

A veces oía la voz de Engracia allá en la cocina, que departía con la vieja cocinera, y se quedaba como alelado, cuando la risa de Engracia llena de aquella inefable música, de

aquel delicioso encanto, que acariaba su alma, repercutía en medio del silencio apenas interrumpido por algunos martillazos que sobre la horma daba el zapatero que trabajaba allí, frente a su mesa, ajeno a las vibraciones amorosas de Rafael María, que ya no era el mismo, reservado y caviloso de hacía algún tiempo, ahora era más locuaz, y manifestaba excelente humor.

Pero este anverso, tenía también su reverso; por las noches, en las largas horas de meditación, en que Rafael María se hallaba frente a frente a su conciencia, volvía a engolfarse en el análisis de la nueva situación creada con el regreso de Engracia, que aún cuando no vivía en la propia casa cural, estaba allí muy cerca, a su vera, como una constante tentación de sus sentidos que le incitaban a aprovechar la ocasión, cualquiera que fuese, para verla, para hablarle, para gozar bajo la luz de sus ojos, de aquel suave calor con que ansiaba calentar su alma, tristemente aterida del aquel frío glacial que la martirizaba. Engracia permanecía la mayor parte del tiempo en su residencia, y ya sana de sus heridas, entreteníase en formar, en el amplio solar, recién desyerbado, un jardín y un huerto donde se proponía cultivar algunas legumbres. Su instinto de mujer casera y hacendosa le hacían ~~hacer~~ lo útil y necesario, a lo puramente recreativo. En esas faenas le ayuda-

ba generalmente el chico mandadero de la casa cural, obedeciendo a las órdenes de Rafael María.

Había días que Engracia no se dejaba ver en la casa cural, otros en que iba allá debido a las instancias de Tenasia, que por el interior, atravesando patios y jardines, la llamaba a grandes voces para ofrecerle alguna golosina, un pocillo de café, o simplemente para que le hiciese un rato de compañía: la cocina, el corredor, o el cuarto de la vieja, eran las únicas dependencias que Engracia visitaba.

Cuando ella no comparecía por ahí y Rafael María no oía ni su voz ni su risa alegrando con su mágico campanileo la tristeza de la casa, Rafael María estaba intranquilo, caviloso, desmemoriado; a cada momento se despojaba del delantal con que protegía su ropa en el ajetreo del trabajo, y salía al corredor, entraba a su cuarto, o se asomaba a la cocina a preguntar cualquier minucia.

En esa vida de ansias amorosas, y de reacciones vivificantes, transcurrieron dos meses en que Rafael María experimentó las sensaciones más variadas de su temperamento.

Cierta noche, ya recogido en su lecho, mientras divagaba mil cosas, le pareció oír lejanas pisadas de cabalgadura que cesaron de improviso.

Luego creyó percibir, en aquel gran silencio,

el ruido de una puerta que se abría y que se cerraba después. Quedóse meditabundo, con el alma suspensa: ¿Qué significaba aquella caballería, a horas tan desusadas, parada allí cerca? ¿Qué puerta era la que se había abierto y cerrado tan cautelosamente, y que suponía una inteligencia establecida en alguien que abre y en alguien que entra?

Gran parte de la noche pasó contando las horas, sumido en una fiebre cruel que le sugería mil diabólicos planes; las sienas le latían de tal modo, que a veces alzaba la cabeza de la almohada para escapar de aquel martilleo que le enloquecía y que continuaba con la precisión de un ruido mecánico.

— ¡Dios mío! ¿Será posible? — murmuraba; y de nuevo quedábase en acecho, sin oír otra cosa que el estallido de su sangre en las arterias.

Tuvo intenciones de levantarse y salir por el interior de la casa, protegiéndose entre los cafetos del patio, para cerciorarse; mas, apenas dejó el embozo del lecho, le acometió un temblor frío que le hacía castañetear los dientes nerviosamente — Bah, no. ¿Con qué derecho voy a convertirme en espía de la mujer ajena?

Y se quedó tiritando, sentado en el borde de la cama, con la vista fija en dirección de la puerta, donde una rendija luminosa rayaba la obscuridad del muro.

Pensó en hacer luz, en leer algún libro santo,

pero comprendió desde luego la imposibilidad de entender una sola línea, y permanecía sentado, con toda la ~~vista~~ concentrada en sus oídos, ansioso de percibir algún ruido en aquel silencio de plomo que le aplastaba.

vida

Allá dentro, en el gallinero cantó un gallo, después otro, y luego cien. Rafael María se sobresaltó al oír aquellas clarinadas que interrumpían el silencio en que su alma se disolvía, como una gran sombra.

Se arrebujo en el embozo, y pudo, después de largo rato, caer en un letargo, del cual vino a sacarle el ruido del galope de una cabalgadura que se alejaba.

¿Qué ideas, qué fantasmagorías poblaron la mente del cuitado, en el sopor en que quedó sumido después de experimentar tan horribles sensaciones? Sería difícil decirlo.

Un repique de campanas hendió alegremente los aires de aquella mañana clara y luminosa, que recordaba a los vecinos de San Roque sus deberes espirituales en aquel domingo.

Rafael María al oír aquellas campanas, recobró la noción clara de la vida, y con un movimiento vivo, casi ^{ca}firado, el primero que le sorprendía después de tantos años, tiró el embozo a un lado, y empezó a vestirse soñoliento, con una sensación de tedio y de tristeza que no podía vencer.

Meditando, después de haberse dado un buen

chapuzón en el agua fresca de la pila del corredor, recobró el imperio de su sér, y lleno de escrúpulos, de arrepentimiento, dejóse caer en el reclinatorio de su cuarto, y oró largamente pidiendo al Altísimo le concediera la gracia de acercarse al altar con el alma limpia, libre de ideas pecaminosas. Después de este sincero acto de contrición se sintió más confortado, y se dedicó a preparar una plática dominical, leyendo algunos de sus autores favoritos.

Cuando apareció frente al altar, vestido con los sagrados ornamentos, estaba tranquilo, reposado, con la unción mística que le era peculiar.

Al subir al púlpito para decir su plática, tendió inadvertidamente la vista por el auditorio. Allí, en primera línea, en uno de los escasos bancos colocados en la nave central, pertenecientes a las familias más acomodadas de la villa, vió a Engracia sentada, que le miraba tranquilamente.

El recuerdo de la noche pasada turbó la calma de su espíritu, y pálido, balbuciente, inseguro, comenzó su plática, con voz que tenía dejos de honda amargura, de amargo despecho.

Habló sobre la santidad del matrimonio, largamente, y tuvo momentos de verdadera inspiración. Su clara voz vibraba en la pequeña Iglesia, fustigando a aquellos que hacen del matrimonio un modo de satisfacer apetitos sensuales, relegando aquel sacramento a la triste condición de concubinato. — *Sacramentum hoc*

magnum est!—clamaba airado. Es una magnífica frase de San Pablo, y no fué instituído para satisfacción de concupiscencias, sino para fines de altísima trascendencia social y religiosa.

Todo el despecho que ardía en su alma salía en catarata de palabras, de oraciones, y explotó el tema a todo su sabor, poniendo en su discurso la profunda amargura de su alma y todo el escepticismo amoroso de que parecía poseído.

Bajó del púlpito, sudoroso, excitado, con la cabeza baja y las manos sobre el pecho.

Ya al final, al despedir a los fieles, con la frase litúrgica *Ite, missa est*, volvió a mirar a Engracia, que se signaba presurosa para levantarse. Estaba cubierta con un pañolón de seda china, color rosa, que sentaba admirablemente en su busto lleno y bien formado.

Hay colores que se prenden en el alma, fúlgidos, obsesionantes, cuando acarician un busto amado que deseamos estrechar amorosamente, y Rafael María quedó enfermo de color rosa...

Hay almas blancas, y almas negras; almas color de cielo y color violeta; almas rojas, almas amarillas, ¡pobres almas amarillas de envidia y de avaricia! almas irisadas, almas incoloras, almas color de rosa, y él quedó bajo la impresión de que su alma era de color de rosa...

Oh bellas almas de color de rosa!

XXXIV

~~Para Rafael María siguieron días de mortificante incertidumbre. Volvió a mostrarse taciturno y reservado, y luchaba heroicamente para permanecer alejado de Engracia, que se dejaba ver pocas veces en la casa cural, al menos en las horas en que él permanecía allí.~~

Rafael María había leído, por la centésima vez, la solicitud de traspaso que escribiera días atrás, y que había mantenido guardada sin que acertara a explicarse el motivo.

Ahora acariciaba otra idea salvadora, que le parecía más aceptable, y en la cual ya había meditado: la de hacer un viaje al extranjero. A los Santos Lugares, que le atraían con fuerza irresistible, y a los cuales veía como un país de ensueño que debía permanecer inviolado a los avances de la civilización, para mantener todo el prestigio de su leyenda; contemplar el Gólgota sagrado, el Huerto de los Olivos, pasar sus labios sobre las piedras del Sepulcro del Salvador del Mundo, sumergir sus manos en el agua sagrada del Jordán, en aquellas mismas aguas en que quiso ser bautizado el hombre-Dios

por el humilde precursor; hacer el mismo camino de la *vía dolorosa*, que había hecho Jesús, y reconstruir toda la sagrada tragedia que después de casi dos mil años, conmueve al mundo cristiano por su enorme trascendencia filosófica.

O iría a Roma, la ciudad eterna, asiento del representante de Cristo en la tierra, o a Egipto, o a Francia, para recorrer, de rodillas, el Santuario de Lourdes, y después de gozar por adelantado en todos sus místicos recuerdos, pensaba en las dificultades que para llevar a efecto su viaje presentaba la situación de Europa, envuelta, ~~desde hacía diez y seis meses~~, en la tremenda conflagración que la aniquila, y cuyo incendio parece crecer día a día, en aquella vorágine de odios, donde no se escucha una sola voz de piedad, y de donde parece haber huído toda idea de conmiseración y de caridad cristianas, barridas por el huracán de exterminio y desolación que ha hecho retrogradar a la civilización europea a los más afrentosos tiempos de barbarie.

Pero ya estaba resuelto; iría a Francia, y allí permanecería algún tiempo, luego a Italia, y a la agreste Suiza; allí esperaría a que el cielo, condolido de tanto sacrificio, de tan tremenda hecatombe, derramara sobre la tierra la paz, la santa paz ansiada, en que los hombres volvieran a abrazarse en el ideal de una vida y un porvenir mejor, para visitar después Jeru-

salén, la celeste Jerusalén de sus ensueños de cristiano creyente y fervoroso. ~~¡ay! aquella Jerusalén profanada hoy por la bota guerrera del teutón, que holla aquella tierra bendita que recibió jubilosa las huellas de la sandalia de Cristo cuando predicaba su doctrina de amor y de caridad.~~

Después de una ausencia de uno o dos años, él regresaría, ya curado de su dolencia, con acopio de mayor fe en su carrera, para proseguir su santo apostolado. Pero, entre tanto, ¿qué sería de Engracia? Y el recuerdo de aquella noche de celos, porque, realmente eran los celos los que mordían su corazón, comunicaba nuevos bríos a la determinación de ausentarse.

Qué indignidad—pensaba—recibir a su marido como a un amante, furtivamente, cuando apenas han cicatrizado las heridas que él le infirió; descender al papel de una Mesalina sin pudor... Siquiera hubiese mediado una explicación aparentemente reconciliadora, para ocultar la maledicencia pública... ¡Sí, mi ausencia se impone; huír, huír lejos de aquí!

Destruyó el pliego, lo hizo añicos y lo aventó lejos, al viento, que lo dispersó por la calle.

Ahora la cosa es más fácil, una renuncia simplemente a causa de mi viaje. Y se satisfacía en pensar en que poseía los medios necesarios para tener esa satisfacción sin congojas ni apuros, pues el valor del potrero de

que era dueño, gracias a la munificencia de su bien recordado padrino, *ñor* Ignacio, una vez vendido le produciría lo suficiente para ello, y aún lesobraría otro tanto.

Pocos días después el vecindario comentaba la venta del famoso potrerito del Padre Rafael María, o del *Padre Juancito*, como algunos le llamaban, y se hacían lenguas del negocio, porque se sabía que el ricachón que lo había comprado lo había pagado a toca teja, en buenas monedas de oro americano, y no faltó quien dijera en seguida que el cura se iba a Roma. ¿Hay nada más natural que un sacerdote católico vaya a Roma? Pues así, naturalísimo, hallaron todos los vecinos el proyectado viaje de Rafael María.

Éste había recibido una buena suma en águilas americanas, y cuando se vió dueño de aquel caudal que guardó indiferente en el viejo arcón del Padre Juan, de férrea tranca, se sintió asaltado por mil escrúpulos. ¿Para qué tanto oro? En fin, ya vería la mejor manera de dar un buen empleo al sobrante. ¡Había tánta necesidad que remediar!

Y pasaron días y semanas, y Rafael María no enviaba la renuncia de su curato, y proseguía en su misma vida de trabajo, sin que el recuerdo de sus talegas guardadas allí, como cosa insignificante, turbara en un punto sus hábitos y costumbres.

A diario veíase Rafael María asediado por conocidos y allegados que le preguntaban acerca de su viaje, y él, invariablemente, contestaba:

—No sé todavía... Veré...

Y no es que hubiese desistido de esa, para él, salvadora idea, que constituía un triste consuelo, pero consuelo al fin, al que se acogería en sus ansias de olvido, y esperaba, esperaba...

¿Qué esperaba? Él mismo no lo sabía; habíase apoderado de su alma una inercia espiritual que le mantenía como amodorrado, incapacitado para realizar ninguna iniciativa trascendental, y en su indiferencia hacia todas las cosas, dejaba transcurrir el tiempo, que pasaba en la más desesperante monotonía.

Engracia no había vuelto a comparecer en la casa cural desde el domingo de la famosa plática de Rafael María, y a los frecuentes llamados de la vieja Tanasia, siempre pretextaba alguna ocupación.

Todo esto mantenía en el ánimo de Rafael María un amargo fermento de despecho. Estaba caviloso, malhumorado, porque sentía que sus fuerzas se agotaban en aquel incesante gimnasio de su espíritu, y aquellas rebeldías que ya había sentido volvían a erguirse con mayor intensidad, porque aun no habían sido aplastadas definitivamente, ~~y seguían en su propia conciencia, a costa de su fe, a costa de todo.~~

Pero llegó un día en que se sintió invadido

de una melancolía tan honda, que se sentó a su mesa de trabajo y escribió la renuncia de su cargo, manifestando que ya indicaría, con mejor oportunidad, la fecha precisa de su separación.

Inmediatamente envió el pliego al correo, y deseando huír de sí mismo, y meditar a solas, lejos de aquella casa, de aquel ambiente que le ahogaba, tomó el sombrero y salió sin rumbo, sin dirección determinada, a vagar en la inmensa soledad de sus recuerdos.

Empezaba a atardecer, y la quietud y el silencio reinaban en todas aquellas callejuelas por donde transitaba, como alma en pena, sin darse cuenta de nada, y sin pensar en nada, ahora que, precisamente, deseaba pensar y analizar tantas cosas.

Y anduvo, anduvo hasta fatigarse, y cuando la luna empezó a asomar tímidamente detrás de las lejanas cordilleras la tranquila majestad de su luz, se sentó a la vera del camino en un montículo cubierto de césped, desde donde no se percibía otro rumor que la estridencia de los grillos entre los matorrales, y el **correar** de las ranas en un arroyuelo vecino que allí cerca susurraba con esas cadencias misteriosas que pone la soledad de la noche en los ruidos permanentes.

correar

Del abstraimiento en que se hallaba sumergido, volvió en sí, súbitamente, sorprendido de

no haber pensado en nada, de no haber discursado nada, de sentir su cerebro lleno de sombras tan densas, que ninguna idea había podido fulgir en aquel caos, en aquella negación absoluta de su albedrío, cuando oyó a su espalda el trotar de una cabalgadura.

La sombra de un árbol le protegía, y desde allí vió pasar al jinete en dirección a la villa, en actitud abstraída y confiada. Del cinto colgábale un largo cuchillo, cuya empuñadura brillaba a la luz de la luna.

Rafael María sintió que su corazón latía con violencia; había creído reconocer en la apostura del jinete a Mauricio, el ~~Mauricio~~ de Engracia.

—No puede ser—exclamó asombrado—. ¡Qué osadía! Cuando la justicia lo busca, ¡Ah malvado!

Pero la realidad se le imponía fiera, implacable: sí, era él, su misma apostura, el mismo modo de llevar el sombrero...

Levantóse como empujado por un resorte, a impulsos de un sentimiento de profunda indignación, que le ahogaba, resuelto a no sabía qué misteriosa determinación que le gritaba allá dentro cosas siniestras, y echó a andar precipitadamente detrás del jinete, que no parecía advertir el espionaje de que era objeto.

A poco andar, y con gran admiración de Rafael María, Mauricio dobló hacia la izquierda, por una vereda angosta y tortuosa, envuelta en la más profunda oscuridad, debido a los altos árboles que crecían a ambos lados.

marido